

LOS DE LA CASA MALDITA

*Colonia El Ángel. Marbella.
Noviembre de 1876*

Genaro Camuñas, sentado a dos metros del cadáver de su Esposa, solo había recibido a primeras horas de la mañana la visita atemorizada del dueño de la harinera, don José Martínez y Martínez de Pinillos, quien le dio el pésame en nombre de sus compañeros de la fábrica para después abandonar la casa sin entretenerse. Antes, de madrugada, vino el doctor Nebreda, amigo de Genaro desde la niñez, y quien solo pudo certificar el óbito de la mujer y darle un abrazo al viudo.

–Esta vez habrá entierro, ¿no, Paco? A ver si va a pasar... En fin, lo de junio, ya sabes– le dijo a su amigo.

Y el doctor Nebreda miró hacia la cama, distinguió la palidez mortal del rostro de la difunta, la mandíbula ligeramente desencajada y las manos nervudas entrelazadas sobre el regazo.

–Esta vez sí, Genaro. Pobre Atilana... Descanse en paz.

Después el médico le dio una palmada en el hombro y se fue por donde había venido. Al menos, pensó el viudo entre el olor de los dos hachones negros recién encendidos, tenía el consuelo espiritual del párroco: don Fermín le había estrechado su mano fría y pequeña y después había rezado delante del cuerpo de la fallecida. Aunque luego, como el facultativo y don José, tomó las de Villadiego sin más preces ni bendiciones.

Nadie acompañaba, pues, a Genaro Camuñas en la alcoba donde velaba a doña Atilana Tíscar, muerta de unas fiebres tifoideas a la edad de cincuenta y siete años. Ni los hermanos de la difunta llegarían a tiempo desde Valladolid para el sepe-lio, ni se conocía mucha más familia al matrimonio, sin más descendencia ni trato que algunos parientes de Ronda o la misma Marbella, a los que veían en las estas de san Bernabé, y no siempre.

Y aquello, estar solo en ese doloroso trance, le dolía a Genaro casi tanto como el óbito de su esposa. Sentado, con la boina doblada y apretada entre las manos, los pantalones de pana desgastados y sucios, y el jersey de lana que olía a sudor viejo y a trigo rancio, miraba de tanto en tanto el cuerpo desprovisto de vida de su mujer, preguntándose qué culpa podía tener él de lo



ocurrido cuando, como ahora, el luto invadió la modesta alcoba y aun toda la casa, aquella madrugada, cinco meses atrás.

Al viudo no se le iba de la cabeza, mientras echaba la vista a las paredes y el techo parchado de desconchones y manchas pajizas, la reacción de los compañeros de la fábrica y los vecinos de la colonia: los chillidos, las carreras y los empujones; la salida de la habitación en tropel en mitad del velorio. Y lo que vino después, todavía peor: el aislamiento, los murmullos al paso del matrimonio, los dedos que señalaban a «los de la casa maldita».

Allí sentado, cerca de Atilana, desleída la piel como solo pueden tenerla los muertos, recordó los casi seis meses de su vida en El Ángel, después del espeluznante suceso.

El 24 de junio de 1876, en el asentamiento, Marbella y sus alrededores, no se hablaba de otra cosa: del velatorio en casa de los Camuñas-Tíscar; de esos ojos negros que se abrieron de repente; de la agitación del cuerpo que se empezó a mover de súbito, hasta que se deshizo a patadas de las sábanas y el cobertor, pidiendo agua a voces mientras se deshacía del sudario. Y después, claro, los alaridos y aquel «¡el n del mundo, el n del mundo. La resurrección de los muertos!» que soltó entre hipidos Carmen, la partera, enlutada de pies a cabeza, y que a pesar de sus muchos años salió la primera entre empujones y codazos, con el escapulario de la virgen del Carmen colgándole del cuello y las medias negras hasta las rodillas.

A Genaro le era imposible olvidar (y perdonar) el comportamiento de los parroquianos en la cantina de Sebastián, apenas un figón donde los hombres de la fábrica de harinas bebían y jugaban a las cartas o el dominó antes de marcharse a casa.

—Una achicoria, Sebastián— pidió arrimándose al mostrador de madera surcado de cuentas escritas a tiza.

El que regía el negocio puso la bebida a duras penas. Con el pulso temblándole, fue capaz de preguntar cómo estaba Atilana y cómo estaba él, pasado lo del velatorio.

Genaro Camuñas se quedó con la taza de infusión a un centímetro de los labios, luego ojeó a los cuatro vecinos que habían interrumpido la partida de dominó y los tragos de brandy, sin dejar de mirar al recién llegado.

—Estamos bien— dijo.

—Mejor cara tenemos que vosotros, que sí que parecéis fantasmas— apostilló a



modo de reproche, mirándolos a todos.

Después dejó con un golpecito una moneda sobre la encimera, se fue a la puerta del bar y se giró de nuevo hacia Sebastián y los que ocupaban la mesa. Uno de ellos todavía tenía la mano posada sobre las chas de dominó, como si el tiempo se hubiese detenido o imitase a la esposa de Lot. —Buenos días, Genaro— farfulló el propietario tragando saliva con mil esfuerzos. Y Genaro tomó el picaporte, lo giró despacio y salió a la calle sin decir nada más.

No poco tiempo anduvo el esposo, atribulado, pensando en todas esas cosas. Sin apartar la vista de la cama donde yacía su mujer. Deseó estar lejos de El Ángel, de sus callizos de tierra, del vecindario chismoso, del asentamiento y su desesperante silencio.

—Después de la que se formó nos teníamos que haber ido a Laguna de Duero, con tus hermanos. Ya sabía yo que aquí íbamos a ser el centro de las miradas, de las habladurías. Luego, cuando me despida de ti, en el cementerio, cojo la maleta, meto cuatro cosas, cierro la casa y me marcho para no volver, Atilana. Cansado estoy de aguantar carros y carretas. Que ya está bueno lo bueno, carajo. Y además va a ser verdad eso que dicen: que esta casa huele a muerto y a malvas, y que está maldita.

Quedó luego en silencio el hombre, ahogadas las palabras en un llanto débil, mientras le venían otros recuerdos, motivos sobrados para tomar la maleta que yacía olvidada bajo la cama y marcharse cuanto más lejos, mejor.

Recordaba, en la inmensa soledad que lo acompañaba los gritos de los críos: —¡los Camuñas, los Camuñas, que vienen los Camuñas!— anunciaban entre carreras y alguna risa nerviosa, perdiéndose por las callejas del poblado, mientras algún zaguán o postigo se cerraba con apremio si Genaro y Atilana tenían que pasar por delante.

Tampoco olvidaba el murmullo de los vecinos cuando entraban a la misa de los domingos, en la capilla que don José había habilitado en la harinera; ni las toses incómodas cuando al padre Fermín se le ocurría hablar en la homilía —a saber si por un afán reconciliador o por puro despiste— de la resurrección de los muertos y la vida eterna. Entonces el matrimonio sentía cómo muchos pares de ojos se fijaban en ellos, entre timoratos y medrosos, lo mismo que si fueran en realidad dos fantasmas o dos ánimas del purgatorio, expulsados de allí por sabe Dios qué espantosa razón.

Y así un día tras otro, siempre un vecino esquivo, un susurro impertinente o la voz de alarma de los chiquillos...



–¡Qué vienen los Camuñas...!

Lo despertaron de tan incómodos recuerdos dos religiosas carmelitas, quienes, lejos de temores o supersticiones, pidieron permiso para amortajar a Atilana. Genaro se levantó de la silla donde estaba, asintió con la tristeza de una flor herida y dejó a las monjas en el piadoso menester, pues ya se le iba desencajando a la nada el gesto y tintando el rostro con los colores propios de la muerte.

Cuando el tiro de caballos llegó a la casa con crespones negros en la cabeza, tan triste como todo ese día, a Genaro le dolió hasta el alma. En silencio sacaron a su mujer, con la ayuda del cochero, un hombre corpulento, que no dijo una palabra cuando metió a Atilana en la caja con cuidado y tomó camino del cementerio.

El coche atravesó la colonia de El Ángel antes del mediodía, con un silencio de sepulcro, aunque Camuñas, a pie, siguiendo los restos de la que fue su mujer, atisbó a algún vecino tras los visillos, husmeando, poco antes de que las nubes de plomo descargarán con fuerza sobre el asentamiento y los campos.

Por demás, todo era de una soledad lacerante, de un mutismo doloroso, hasta que el viudo se paró y gritó maldiciendo a todos, cerca del bar donde otras veces los críos habían corrido espantados. Ni niños, ni mujeres ni hombres se libraron de sus reniegos, de su ira alimentada por el dolor y la incomprensión.

Ya en el camposanto, como esperaba Genaro, solo estaba el padre Fermín y el doctor Nebreda, aguantando con estoicismo heroico el turbión que tamboreaba en los tejadillos y los charcos y hacía temblar los paraguas.

–Domina nostra, Mediatrixnostra, Advocatanostra...– bisbisaba el cura mientras la caja entraba en la fosa embarrada y el aguacero desdibujaba las casas y el paisaje desolador de aquel entierro de charcos coronados de gotas de agua, de ruidos inaudibles por el diluvio y de lágrimas que, en la cara del viudo, se confundían con la lluvia.

Ocupada la maleta con sus escasas pertenencias, ya de vuelta a casa, Genaro Camuñas, poco después del entierro, echó un último vistazo a su hogar, fijando su vista por un instante, con el equipaje en la mano, en la alcoba donde habían tenido lugar los dos velatorios.

Quiso apartar los ojos del lecho vacío y de los velones negros que todavía



presidían, apagados, el cabecero de la cama. Luego respiró hondo, pero antes de abandonar la habitación y cerrar la puerta de la casa para siempre, recordó con aturdimiento lo ocurrido en la madrugada del 24 de junio de 1876: las voces lejanas, los pésames y los ayes. Los rezos de don Fermín. También el olor de la cera al arder, el frío de la alcoba, a pesar de tener el cuerpo abrigado y después... después la visión emborronada de aquel techo parcheado de manchas de humedad; las voces otra vez, pero ya tan cercanas que de repente recordó el súbito desmayo que sufrió, quizá unas horas o un par de días antes —era incapaz de discernirlo— y los llantos de Atilana pidiendo auxilio antes de que todo ante sus ojos se cerrara entre sombras.

Después vinieron los alaridos, los empujones y la carreras, cuando vieron sacudirse a Genaro la ropa de la cama a patadas y rasgarse, horrorizado, la mortaja que le vestía para su propio entierro.

Juan Manuel Sainz Peña (Jerez de la Frontera) es el ganador del primer premio del IV concurso de relatos Marbella Activa. Con casi ochenta premios literarios nacionales e internacionales en su haber, es uno de los autores españoles más premiados de los últimos años. Entre los numerosos concursos literarios que ha conseguido por toda España, destacan el Premio Nacional de Novela María Zayas, el Premio Internacional de Novela Ciudad de Almería, el Internacional de Novela Casino de Mieres, el Internacional de Cuento de Pola de Lena o el Internacional de Cuento de Elda, entre muchos otros. Es autor de las novelas *La alargada sombra de la bayoneta*, *El mensaje*, *El juglar*, *La edad de los héroes*, *Piedras negras*, *El criado de Velázquez*, *El caso de Anne Brizard* y el volumen de relatos *A la hora con-venida*. Como columnista ha publicado más de 1000 artículos, entrevistas y críticas de teatro.

